

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 1870-3925

Nota crítica

A eso que llaman Partido Acción Nacional. La comprensión de Víctor Reynoso

Felipe J. Mora Arellano *

Ediciones Nostra publica *El Partido Acción Nacional*, de Víctor Reynoso, en su serie *Para entender*, que incluye cuatro temas: sociología, debates de actualidad, literatura y cultura política y economía, y en el último es donde se inscribe el título. Con esta obra, la editorial completa la tríada de los partidos políticos más importantes de México: *El Partido de la Revolución Democrática* (2008), por Massimo Modonesi, y *El Partido Revolucionario Institucional* (2009), por José Luis Reyna.

Este libro se imprimió en 2009, en Guangdong (Cantón), China, consta de 78 páginas, se divide en siete apartados y está dedicado al abogado Juan Manuel Brito Velázquez. En los cinco primeros capítulos está el contenido para entender al Partido Acción Nacional (PAN), con el compromiso de la editorial de presentarlo de “manera simple y comprensible”.

Los capítulos incluyen “llamadas”, que facilitan la búsqueda de las ideas centrales de la exposición. Sus títulos son: “Introducción”, “El modelo originario panista” –explicado en cuatro puntos–, “Acción Nacional como partido de oposición (1939-1989)” –expuesto en dos puntos–, “El poder compartido (1989-2000)”, tratado en tres, y “Comentarios finales”. También contiene un glosario de 20 términos y una bibliografía de 25 títulos.

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología y Administración Pública de la Universidad de Sonora. Correo electrónico: fmora@sociales.uson.mx

¿Qué hay que entender del PAN? Lo que se deba o quiera encontrará la respuesta en la historia de ese partido, es decir, en su pasado, advierte Reynoso, pero aclara: lo que el lector encontrará en la obra es una “aproximación histórica” (o ¿será una síntesis?), no un resumen de siete décadas, cosa imposible en un libro de 78 páginas. El autor quiere dar cuenta de los rasgos fundamentales del PAN: la fundación, la doctrina, la institucionalidad y la vida interna. También los dilemas políticos y la manera de encararlos, su acceso al poder y las consecuencias que ello ha tenido para el partido como organización.

Aunque no lo declara, Reynoso recurre a unos elementos metodológicos implícitos en la obra, por ejemplo que “en el análisis de cualquier partido, y en general de toda organización, es fundamental analizar su modelo originario”. Esto me recuerda la fórmula diferente que para analizar a la sociedad recomendaban nuestros maestros de marxismo: la idea de que la anatomía del hombre es una clave para la del mono, expuesta en la Introducción a *Los elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, más conocida como los *Grundrisse*, de Marx (1984, 26).

De entrada consideré esta idea como hegeliana por su carácter teleológico, y pensé que no era el camino conveniente; pero dudé, luego de revisar algunas de las preguntas y la orientación de investigaciones de otros politólogos sobre el PAN, como Soledad Loaeza y Francisco Reveles.

¿Por qué “tardó tanto” en evolucionar la oposición partidista en México y por qué ocurrió cuando lo hizo?, es la pregunta de Loaeza. Reveles busca el momento de la realización del concepto moderno de institucionalización en la experiencia del PAN. Me pregunté ¿cómo el libro de Reynoso responde al lector común sobre lo que éste ve ahora en el escenario político, como las alianzas contra natura (según dijo Manlio F. Beltrones) efectuadas en 2010 entre el PAN y el Partido de la Revolución Democrática, PRD, en varios comicios estatales, sin tener que remontarse ocho décadas, pero además interpretar en la historia las claves para la comprensión del llamado fenómeno antinatural? ¿Es necesario volver la vista atrás para analizar a una organización política? ¿Está siempre en el pasado la

respuesta a los fenómenos actuales? El politólogo Víctor Reynoso considera que hay que recurrir a la historia para entender al PAN.

Soledad Loaeza sostiene que “una de las premisas de la investigación es que las instituciones están históricamente condicionadas, de manera que hay mucho de historia en el enfoque utilizado” en su obra, aunque también recurre a conceptos centrales de la ciencia política, como institucionalización y oposición, para reconstruir la trayectoria de Acción Nacional desde su fundación hasta las elecciones de 1994. Si bien ella se basó en las fuentes documentales para su investigación, afirma que “[...] en los últimos años se ha fortalecido la tendencia de los politólogos a tomar prestados los métodos de la antropología y de la sociología, sobre todo la entrevista”, que es una técnica, añado yo. Al respecto del uso de la entrevista, Loaeza advierte sobre los equívocos que se generan “entre historia y memoria” (1999, 13-14). ¿Qué dirán los historiadores del uso que los politólogos hacen de su disciplina?

Por su parte, Francisco Reveles ofrece que en su obra el lector encontrará “un recuento de la historia del PAN tomando en cuenta su desarrollo organizativo y la dinámica de sus fracciones de 1939 a 1994”. Se trata, afirma, de la “historia del antiguo AN, del panismo doctrinario, del partido leal, del partido de oposición” (2003, 13). Aquí parece que el hilo conductor es la historia, a la cual ninguno de estos autores reconoce como disciplina o un método de estudio, sino como un recurso, una técnica.

Así, me sorprende leer una reseña de *El PRI: crisis y refundación* (2003), coordinado por Reveles, que inicia así: “Pese a que de todos los partidos políticos de México al que más se ha estudiado es al Revolucionario Institucional (PRI), generalmente se ha abordado su análisis desde el punto de vista histórico”. Al politólogo Rosendo Bolívar (2005), quien reseñó dicho texto, le llama la atención lo novedoso de él, porque analiza al PRI en el poder presidencial y también en la oposición hasta la actualidad, por ende, al partido actual y las razones de su crisis. También le resultó novedoso porque examina su estructura y contribuye al estudio de la complicada fase de crisis y renacimiento de su organización. Esto me sugiere que es una muestra del progreso de la ciencia política en México, y de su aplicación a la investigación de los partidos políticos.

La segunda cuestión metodológica presente en el texto de Reynoso acomoda de otra manera las cosas. Él señala: “desde su fundación hasta los años recientes no es posible comprender al PAN, o a ninguna institución política, al margen de su historia, de la forma y el contexto en el que surgieron, de los cambios y continuidades que han registrado”.

¿Se trata de una frase obligada de un investigador? En esto del pasado, me pregunto si hay una diferencia entre rescatarlo por la vía de la *story*, de la *history*, o de la historia social, o de otras tantas que los historiadores deben saber. En el caso de la *story*, sé que hay quienes, como Bárbara Czarniawska, recurren a ella en calidad de una narración de organización o narrativa del conocimiento, que relata los acontecimientos en la forma de una historia en el contexto de una organización.

Un tercer elemento metodológico encontrado al inicio del capítulo dos es que en los partidos unos elementos son más visibles que otros. Entre ellos, el autor apunta su modelo originario (la fundación), la ideología y la estructura interna de Acción Nacional. Entre los menos visibles identifica el carisma de su fundador, el contexto en el que surgió, los adversarios que enfrentó y las causas que persiguió. Se trata, sostengo, de objetos de la cultura política, que para comprenderlos se requiere de una interpretación.

Observar el pasado con ojos contemporáneos ha llevado a Reynoso, como a otros estudiosos, a periodizar la historia del PAN de manera diferente. Así, organiza el pasado del partido en dos periodos: 1939-1989 y 1989-2008.

En cambio, en su obra *Rupturas en el vértice* (2007), Reynoso estructuró la historia del PAN en lo que llamó “cuatro momentos reales de la vida de ese partido”. El primero fue el de la consolidación del modelo original —los primeros 15 años de vida, de 1939 a 1954—; otro, las elecciones presidenciales de 1958, de 1955 a 1963; el tercero es la pugna de doctrinarios versus pragmáticos, en 1972-1978, momento considerado como una crisis. El cuarto es el choque entre el neoalvarismo —en referencia al liderazgo de Luis H. Álvarez— y el foro doctrinario, de 1987 a 1992.

Por su parte, Soledad Loaeza organizó el pasado del PAN en dos periodos, de 1939-1982 y 1982-1996; mientras que Irma Campu-

zano en cinco: 1939-1949; 1949-1962; 1962-1972; 1972-1988 y 1988-1997 y María Marván Laborde en tres: 1939-1949; 1949-1972 y 1972-1996, por citar a unos cuantos.

Estas periodizaciones llegan hasta el momento de conclusión de las obras. Sin embargo, todos han analizado y comentado los sucesos ocurridos después del cierre de sus periodos, los años 1996 y 1997. El trabajo de Reynoso contiene lo que él llama el poder compartido, tratado en el capítulo cuatro, donde se incluye la composición de la Cámara de Diputados hasta 2006 y la de Senadores hasta 2012, así como los gobiernos de Vicente Fox y parte del periodo del actual presidente Felipe Calderón.

Cuenta el teólogo Juan José Tamayo, que debido al cálculo incorrecto realizado por el monje del siglo vi, Dionisio el Exiguo, quien fijó la división de la historia en dos etapas: antes y después de Cristo, propuso que los cristianos debían establecer la cuenta de los años partiendo del nacimiento de Cristo y no desde el reinado de Diocleciano, emperador romano que había perseguido a los cristianos con especial severidad, como tampoco desde la fundación de Roma. Pero se equivocó en cuatro o seis años a la hora de fijar la fecha de la muerte de Herodes el Grande y, en consecuencia, también la del nacimiento de Jesús. Si damos por buena la fecha del seis al cuatro antes de Cristo —y parece que hay que darla, dice Tamayo, porque el consenso entre los expertos es muy elevado—, el dos mil aniversario del nacimiento de Jesús debía haber ocurrido entre 1994 y 1996. De haber sido así, el año 2000 habría perdido todo el sentido simbólico que se le quiso dar y que yo sepa no ocurrió.¹

La referencia anterior viene a colación toda vez que desconozco si las diferencias de periodización entre los estudiosos del PAN hayan generado alguna discusión en virtud de una interpretación diferente de lo ocurrido, y que fuera clave para comprender a ese partido. O si miembros del PAN de diversas generaciones hayan dado muestras de inconformidad por tales periodizaciones. Con todo,

¹ Juan-José Tamayo es teólogo y autor de *Imágenes de Jesús*, El País, 24 de diciembre de 1999. http://perso.wanadoo.es/laicos/documentario/Texto015_Nacimiento_del_Mesias.html (11 de noviembre de 2010).

este recurso debe evitar la confusión entre lo histórico, legendario y mítico, como lo apunta el teólogo citado.

El autor también habla sobre el fundador del PAN y del momento fundacional, clave para la comprensión del partido. Él destaca, entre otros, los elementos siguientes de Manuel Gómez Morín: hombre del norte, emigrante a la Ciudad de México en donde estudió derecho, y formó parte del grupo de los Siete Sabios. También funcionario del gobierno, creador de instituciones y testigo de la *real politik* de los regímenes emanados de la Revolución. Así queda dibujado un hombre con perfil pragmático y liberal, que identificó los grandes males y pensó en los grandes remedios de la siguiente manera: primero una teoría, la del dolor, y enseguida una técnica, el método para erradicar la pesadumbre y la angustia en que se habían sumido las generaciones posrevolucionarias.

Gómez Morín soñó con una misión: llevar la luz a la noche espiritual y de definición producto de la guerra, asido a la idea-fuerza del concepto de *generación*. ¿Sería su ensayo titulado 1915, algo así como el *¿Qué hacer?*, de Lenin, pero con aproximaciones diferentes, posterior al análisis de la realidad: la intuición, la fuerza de la mente, el *élan vital* o ímpetu vital para el primero; el materialismo o la fuerza de las cosas, para el segundo?

Considero que Gómez Morín inició ahí el itinerario de la construcción de la utopía, a la que se refiere Ernst Bloch. Tiene sueños nocturnos en los que construye utopías abstractas, ensoñaciones ineficaces e ilusiones imposibles. También sueña con la luz del día, en donde surgen visiones desiderativas, proyectos de un mundo mejor, que delinear una utopía concreta, un objeto aún inexistente, inalcanzado, pero producto de un análisis de las condiciones de existencia y de lo que se requiere para su cumplimiento, de tal forma que le permiten visualizarla como una posibilidad.

En esta etapa, el fundador se encuentra, según lo muestra Reynoso en los extractos que nos presenta del libro 1915, en un terreno donde el método de conocimiento sobre la realidad enfrentaba una dura batalla: el materialismo contra el espíritu, la mecánica y el determinismo histórico frente a la mente humana y a la iniciativa individual. En donde el intuicionismo, en el que abrevaba el fundador,

se ofrecía como la *conciencia inmediata* o *percepción directa* de la realidad, en donde la mente es la energía pura responsable de toda evolución.

En esos vericuetos caminó también el mito de la revolución en la Europa de la época, el cual no se contraponía con su ciencia, puesto que la fuerza de los revolucionarios descansaba en la fe, la pasión y la voluntad; se trataba de una fuerza religiosa, mística y espiritual. Ellos sabían que la ciencia y la razón eran incapaces de mover, sólo la utopía, el mito o la esperanza podían crear el ímpetu revolucionario.

Hacer algo por el país, y erradicar el dolor evitable que vivía, llevó al soñador Gómez Morín a querer más. Escribió Ernst Bloch: “Lo que causa siempre dolor, oprime y debilita tiene que ser eliminado” (1979, 11), y en 1915 (1926) el malestar estaba identificado: el régimen político o un grupo contra el país. ¿Acaso la nación se constituyó en el mito o la utopía por lo que había que luchar? La nación, la persona, el bien común, un Estado, ¿pero cuáles? La fase del PAN que Reynoso explica en el apartado correspondiente a la doctrina muestra lo que ese partido no quería: un Estado social desordenado o injusto, tampoco una división violenta de la unidad nacional por la lucha de clases, castas o parcialidades.

¿La patria o la nación? Ante la ausencia de una definición clara en los principios de doctrina, según observa Reynoso, ¿sería ese bien común una manera de decir la patria como “forma de estar con los otros sin alienación”, al más puro estilo de Bloch?, o ¿se trata de una nación que como concepto “esconde las diferencias, las asimetrías que se dan al interior de la comunidad”, a la vez que tiene una dimensión mítico-utópica, un anhelo?²

La idea de democracia no asoma en esta utopía naciente. El fantasma del comunismo y el del régimen político alertan al fundador sobre la amenaza a las comunidades naturales. Frente a ello y para decirlo en palabras de Pierre-Henri Leroux, aparece “sólo la voluntad para luchar contra el privilegio otorgado al UNO. Que el todos unos (relaciones de amistad-libertad) no degeneren en todos UNO”.

² Diálogos | Lunes, 8 de marzo de 2010, Esteban Vernik, “La guerra es una forma patética de la nación” <http://www.pagina12.com.ar/impresion/diario/dialogos/index-2010-03-08.html>

Gómez Morín no era el líder carismático o mesiánico que funda el partido, como teoriza Angelo Panebianco, sino que se acopla al de su “carisma de situación”, es decir, al de un “liderazgo que se percibe como un recurso o medio de salvación del malestar” (Reveles 2003, 21). Y el recurso utópico contra el malestar podría estar allende el Atlántico. Reynoso no lo dice en su texto, pero Soledad Loaeza lo apunta: “La búsqueda de ideas, de un proyecto nacional concreto, acercó a Gómez Morín a las propuestas de la modernización conservadora de la época”: la dictadura desarrollista del general Miguel Primo de Rivera, en España.

Loaeza lo documenta con una afirmación de Gómez Morín a su regreso de España, en 1928: “España es hoy fuente viva de pensamiento y de acción. Y una fuente de cuyas aguas podemos beber sin miedo porque no nos traen, como otras, elementos destructores. Una fuente en cuyo espejo podemos reconocer lo mejor de nosotros mismos, que no oculta nuestros valores, que refleja nuestras inquietudes, que comprende y compensa nuestras peculiaridades” (1999, 120). Según ella, el viaje a España habría de impresionar “profundamente” a Gómez Morín; la manera en que la dictadura desarrollista estaba impulsando el potencial de ese país, el hecho de que “la sola economía” estaba imponiendo “nuevas formas de vida”. Esto le sugiere que para Gómez Morín dicha experiencia fue “más que un referente, fue un modelo a seguir, cuya validez para México defenderían él y muchos panistas de la primera hora desde entonces e incluso hasta finales de los años cuarenta” (Ibid. 1996).

Víctor Reynoso, en la intervención durante la presentación de su libro, señaló que tales afirmaciones no se sostienen y remitió a *La democracia indispensable. Ensayos sobre la historia del Partido Acción Nacional*,³ donde su autor, Alonso Lujambio, refuta tal interpretación, pues considera que Gómez Morín fue siempre un demócrata. De esta obra, Reynoso recomienda leer en particular el capítulo II, “Manuel Gómez Morín, Efraín González Luna y los orígenes del ideario municipalista del Partido Acción Nacional” (pp. 101-125). Luego de leer la referencia no encontré tal refutación; en cambio me parece

³ Publicado por DGE|Equilibrista, México, 2010

que Gómez Morín no deja de ser un demócrata por el hecho de que haya sido impactado por las políticas de reforma nacional en España, en una época en la que se buscaba la unidad y el desarrollo.

Varios historiadores que analizan el periodo del general Miguel Primo de Rivera distinguen una serie de hechos, que nos auxilian a reproducir lo que Gómez Morín pudo haber observado de la experiencia española. Jorge De Esteban señala, por ejemplo, que la monarquía de Alfonso XIII había cavado su propia sepultura, “porque no supo estar a la altura de una sociedad enormemente injusta en su estructura, que demandaba una modernización de la vida política y una democratización de las instituciones”. Él mismo advierte que “la solución no era fácil teniendo en cuenta el contexto histórico de una época en la que bullían diversos modelos de sociedad por todo Europa” (2006, 71-72). Esta situación permitió el resurgimiento durante el periodo de 1919-1945, de una tradición intervencionista del Ejército, que venía del siglo XIX, intervenir “en la vida política, para restaurar el ‘orden’ o para eliminar la corrupción, con el fin de configurar la ‘voluntad nacional’” (Parker 1985, 219).

Para Parker, “La dictadura de Primo de Rivera [“dictadura relativamente suave”, según Briggs y Clavin (1997, 291)] no fue un periodo de pura reacción [...] Renunció a rodearse de los atributos místicos del poder dictatorial o tratar de mantener una aureola de distinta dignidad. Mostró cierta preocupación por el bienestar material de las clases trabajadoras [...]” [creó comités paritarios, con igual representación de trabajadores y empresarios y un presidente nombrado por el gobierno. Se emprendieron numerosas obras públicas [...]”. Esto y la expansión internacional de los últimos años de la década “trajeron a España una prosperidad relativa” (Ibid., 122). Normand (2000, 211) apunta que “aunque Primo de Rivera fue un dictador militar, no era fascista. Se le deben diversas obras públicas tales como vías férreas, carreteras y proyectos de irrigación; la producción industrial triplicó el ritmo anterior a 1923; y, lo que constituyó su realización más impresionante, logró poner fin a la guerra en Marruecos (1925)”.

En cuanto a su persona, hay quienes como “el conde de Romanones, monárquico de pro, pero combativo con la dictadura”, quien aseguraba que había “conocido a pocos hombres más representativos de las virtudes y los defectos del pueblo español que don Miguel Primo de Rivera, y pocos que, como él, reunieran un mayor caudal de simpatías, tantas, que desarmaba hasta sus más enconados adversarios. Le acompañaban la figura, la voz, hasta su dejo andaluz; inteligente, decidor, de cultura limitada a las materias de su profesión, con verdadero sentido de gobernante y gran conocedor de los hombres”. También Miguel Maura, republicano converso, reconocía que el general “era un hombre original y de bien”, además de “francamente simpático”, virtudes que no le negaban ni sus enemigos y que “obligaban a perdonar sus grandes defectos” (Redondo 2006, 42).

Y si bien “Primo de Rivera no era un dictador al uso”, como sostiene Redondo, “no llegó para quedarse, aunque luego se precipitara por la peligrosa pendiente de la intemporalidad” (Ibid.). En enero de 1930, Primo de Rivera llevó a cabo una consulta al Ejército para saber si contaba con su apoyo para continuar con una serie de medidas y, por la tibia respuesta, dimitió (Parker 1985, 222).

La España que conoció Gómez Morín en su viaje de 1928, al parecer correspondió a la segunda fase de la dictadura, de 1925 a 1930; la primera fue la del directorio militar (1923-1925) “que se mantuvo hasta que comenzaron a intervenir en el gobierno personalidades civiles, desembocando así en un Directorio Civil, aunque no se abandonó nunca el régimen autoritario”.⁴

Con todo, ¿podría haber sido “la técnica” lo que Gómez Morín más apreció de la experiencia española que observó? Tal vez los historiadores llegaran a encontrar si Gómez Morín evaluó tiempo después el resultado de esa vivencia, y pudiera haber exclamado como Ortega y Gasset lo hiciera luego de comparar la república que había anhelado con la realidad de 1933: “¡No era esto!” (Payne 1985, 47).

⁴ <http://wikidepartamentosociales.wikispaces.com/file/view/27851152-Dictadura-de-Primo-de-Rivera.pdf>

Fundar un partido en 1929, como Gómez Morín lo habría deseado entonces o diez años después, como ocurrió, significaba crear un organismo político que estaba presente en el entorno. Pero el PAN como partido no cuadraba con la definición moderna de un organismo de esa naturaleza, es decir, buscar el poder. ¿Qué hizo cambiar de opinión a los panistas?

En el capítulo tercero, “El PAN como oposición”, Reynoso considera cinco ejes o características para comprender a ese partido durante 50 años, desde su fundación: la doctrina, la institucionalidad, la estrategia ante los dilemas del sistema político mexicano, el acceso al poder y la tensión entre *amateurs* y profesionales. Llama la atención el hecho de que desde el inicio del texto la palabra democracia esté ausente, como al parecer lo estuvo en los propósitos del PAN.

Sería hasta 1965 cuando, según Reynoso, el partido le dedica un apartado a la democracia en sus documentos doctrinarios. Y cuatro años después se habla de un cambio democrático de estructuras, y se declara a favor de una revolución no violenta sino como “una alternativa a la evolución”. No fue miel sobre hojuelas, hubo situaciones tensas que generaron conflictos, y él distingue tres: el deseo de afiliarse al PAN a la Democracia Cristiana Internacional, la manera de entender religión y política y la radicalización ideológica.

Si bien no todo conflicto es de suyo una crisis o deriva en una, es frecuente encontrar en los textos que se hable de conflictos como sinónimo de crisis. El texto de Reynoso no es la excepción, y uno tiene que aceptar que cuando él señale que tal situación en verdad constituyó una verdadera crisis, habría que poner atención. Así tenemos que en el PAN “en los años setenta se vivió una crisis de mayores dimensiones” (la de la radicalización) frente a lo que antes denominó conflictos a secas. Luego las crisis tienen explicación, fases y expresiones. Ésta, por ejemplo, empezó en forma de desánimo (ante el fracaso de la estrategia de diálogo con el gobierno desde el principio de los años setenta), pero tuvo su primera expresión en marzo de 1975 (durante la elección de su presidente nacional). Otra más fue la provocada por el cambio de estrategia durante la dirección de Luis H. Álvarez.

El análisis político del autor privilegia los momentos de crisis para comprender mejor al PAN, y luego explicar sus posibles causas,

una de ellas, la más reciente, se atribuye por ejemplo a su crecimiento, cuyo desenlace fue la modernización.

En el capítulo cuarto, “El poder compartido”, el autor compacta los acontecimientos más importantes vividos en el PAN y su entorno general de 1989 a 2008. Con la llamada “victoria cultural”, luego de las elecciones presidenciales de 1988, me parece que la utopía, que quedó muy atrás, se democratizaba, y la democracia se tornaba utópica (según dijo Leroux). El apotegma “salvar a México” quedaba atrás. Como lo apunta Reynoso, 63 años después del documento original y 37 de la proyección de 1965; en 2002 Acción Nacional se daba una nueva proyección en sus principios de doctrina. Había continuidad y otros temas, ambos en el marco de lo que se conoce como una tercera vía, pero sin cambios sustanciales.

Cierta formación en ciencias sociales nos ha acostumbrado a pensar en la primacía de las ideas, de los conceptos por encima de las acciones y difícilmente nos atrevemos a sostener lo contrario. Pensamos con frecuencia que toda acción está orientada por una intención y que el resultado sólo la confirma. Pues bien, y espero estar haciendo un uso correcto del hallazgo de Reynoso, quien en su obra anterior: *Rupturas en el vértice*, señalaba que el PAN había cambiado no porque se modificaron sus objetivos sino sus logros. Así entiendo la frase que Reynoso toma de Jean François Revel: “Los partidos de oposición deben atender a sus sueños. Los partidos en el gobierno, a la realidad” (p.58). Y la del PAN era que había logrado pasar de ser oposición a estar “más cerca de ser un partido gobernante que un simple partido en el poder”, como dice Reveles en *Partidos políticos en México*.

Llamo la atención sobre dos elementos tratados en la obra: la fundación y la institucionalización del partido. Al principio señalé la importancia que el autor concede al momento fundacional para comprenderlo. Sin embargo, hay quien como Reveles da por sentado que “el panismo tuvo dos refundaciones en medio de las cuales hubo frustrados intentos de institucionalización” (2003, 190). Éstos datan de 1971, con el intento de hacer del PAN un agente electoral efectivo (Ibid., 71) y la de los años ochenta. De ser así, convendría señalar que del PAN de hoy se explica en función de cuál de sus pasados fundacionales. Supongo que el capital acumulado en

historias con hache —de *history*— o con ese —de *story*—, sería suficiente para emprender el camino del ensayo teórico.

Por otra parte, el asunto de la institucionalización resulta importante. Decía Loaeza que este concepto, junto con otros, son propios del uso de la ciencia política. Con todo, parece que el término da cuenta de un estado al que se llega para no abandonarse jamás. Se da a entender que el proceso de institucionalización —también identificado con el de consolidación— parte de la propia organización partidaria al dotarse de ideología, reglas, normas, organización y estructura que lo hacen legal y legítimo, así como de una actitud de sus miembros acatando las formas, como dice Reynoso (p. 34). El autor dedica dos incisos a la institucionalización interna, uno en el tercer capítulo (p. 33) y otro en el cuarto (p. 51); en ellos destaca que este factor ha permitido al partido resolver los conflictos y las crisis internos. Incluso señala que “el PAN se distingue entre los partidos políticos mexicanos por tener la institucionalidad más formal, o más apegada a sus normas escritas” (p. 56).

Reynoso, a este respecto, hace una aclaración importante: que eso aplica para la estructura nacional del partido y no tanto para las locales, en donde “la institucionalidad es mucho más problemática” (p.56). Lo que marca de entrada una tarea urgente para la investigación que dé cuenta de la multiplicación de los panes en las entidades del país. Panebianco habla de grados de institucionalización, y proporciona indicadores para medir su presencia o ausencia. Después de ello vendrán fases de madurez de estas organizaciones.

Sin embargo, creo que se tiene que enfatizar en que la institucionalización no sólo deriva de las condiciones internas de los partidos para lograrla, sino también del entorno. Si antes el autoritarismo impedía su desarrollo, hoy el financiamiento los sostiene, modera y centraliza y, como se ha señalado, los ha convertido en un cártel, alejándolos de la sociedad.

Para terminar, me ha llamado la atención que en todo el texto el autor no ha calificado al PAN, como otros estudiosos lo han hecho sin pudor alguno, de ser de derecha. Solamente se refiere a “tradiciones doctrinarias e ideológicas más conservadoras”, cuando habla de que la doctrina panista no ha sido alterada por los grupos que en fecha reciente han ingresado a él. O al hablar “de medidas

conservadoras de gobiernos locales panistas”; o de “la presencia de sectores mucho más conservadores dentro del partido” (p. 65), y para referirse en el glosario al carácter conservador del sinarquismo (p.75). En cambio, sí menciona a “la vieja izquierda comunista”, para identificar a los partidos que apoyaron a Cuauhtémoc Cárdenas cuando éste se separó del PRI (p.44). ¿Será que los términos de derecha e izquierda dejaron de ser útiles para el análisis de los partidos?

En el libro *Simplejidad* (Kluger 2009), a manera de subtítulo se pregunta: ¿por qué las cosas simples acaban siendo complejas y por qué las cosas complejas pueden ser simples? De *El PAN*, de Víctor Reynoso, en esta versión apretada, hubiera apostado que su lectura sería para mí una tarea simple. Confieso que me ha parecido más compleja de lo que pensé, quizá porque siete décadas no son cosa fácil de exponer en 78 páginas. Habrá que preguntarle al autor cómo le fue al escribirlas. Lo que sí es que al lector que quiera emprender el estudio del PAN el libro de Víctor Reynoso le resultará interesante, toda vez que marca los ejes en el tiempo y en la política en torno a los cuales ese partido ha evolucionado. Es atractivo a la vista, relativamente fluido, permitirá entender cosas básicas y organizar las preguntas acerca de lo que aún no comprende de él.

Bibliografía

- Bloch, Ernst. 1979. *El principio esperanza*, tomo II. España: Aguilar S.A de Ediciones.
- Bolívar Meza, Rosendo. 2005. Reseña de Francisco Reveles Vázquez. *Partido Revolucionario Institucional: crisis y refundación*. *Revista Mexicana de Sociología* 002: 433-437.
- Briggs, Asa y Patricia Clavin. 1997. *Historia contemporánea de Europa, 1789-1989*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori.
- De Esteban, Jorge. 2006. La Constitución de 1931. *Revista La Aventura de la Historia* 8 (90): 71-75.

Gómez Mont, María Teresa. Manuel Gómez Morín, 1915-1939.

Kluger, Jeffrey. 2009. *Simplejidad*. Barcelona: Ariel.

Karl, Marx. 1984. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador 1857-1858, volumen 1*. México: Siglo XXI.

Loaeza, Soledad. 1999. *El Partido Acción Nacional. La larga marcha, 1939-1994*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

_____. 1996. Los orígenes de la propuesta modernizadora de Manuel Gómez Morín. *Historia Mexicana* XLVI: 2.

Normand, Lowe. 2000. *Guía ilustrada de la historia moderna*. México: FCE.

Parker, R.A.C.E. 1985. *El siglo XX. Europa 1918-1945. Historia universal siglo XXI, volumen 34*. México: Siglo XXI.

Payne, Stanley G. 1985. *Falange. Historia del fascismo español. La patria, el pan y la justicia*. España: Ediciones Ruedo Ibérico.

Redondo, Javier. 2006. El derrumbe de la monarquía. *Revista La Aventura de la Historia* 8 (90): 42-48.

Revels Vázquez, Francisco. 2008. *Partidos políticos en México. Apuntes teóricos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)-Gernika.

_____. 2003. *El PAN en la oposición. Historia básica*. México: Gernika.

_____. 2003. *Partido Revolucionario Institucional: crisis y refundación*. México: UNAM.

Reynos, Víctor. 2007. *Rupturas en el vértice. El Partido Acción Nacional a través de sus escisiones históricas*. México: CEPACOM y Educación y Cultura.